

Baselga recupera al Albéniz más libre y precoz en una nueva entrega de su integral

Una improvisación nunca regrabada antes y una 'Marcha militar' que compuso con 9 años se incluyen en el disco, séptimo de la serie

ZARAGOZA. El aragonés Miguel Baselga comenzó hace unos años un ambicioso proyecto: grabar la integral para piano del compositor Isaac Albéniz. Este mes saldrá al mercado el séptimo cedé, con quince piezas entre las cuales hay algunas muy difundidas, como 'Cantos de España', y tres breves menos conocidas pero de historias bien curiosas: 'Improvisación nº1', 'Marcha militar' y una especie de historieta musical titulada 'Yvonne en visite!', que en seis minutos describe las peripecias de una niña a la que su madre obliga a aprender piano.

La 'Improvisación nº1', cuenta Baselga, reproduce por primera vez una pieza que Albéniz inventó sobre la marcha en 1903 y quedó registrada, junto a otras dos, en un cilindro de cera. «Grabar en un cilindro de cera de Edison era una cosa muy rara, lo hizo gracias a un

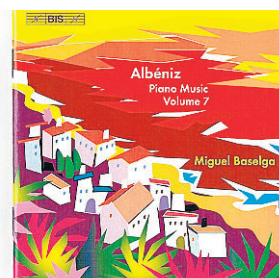
'friki' de aquella época al que le gustaban mucho esos aparatos. Se llamaba Ruperto Regorosa (o Regordosa según otras fuentes) y era aficionado a aparatos raros. Le dijo a Albéniz: "Vente a casa y toca lo que se te ocurra". El compositor aceptó la invitación, fue a Tiana y en una tarde grabó tres piezas. Aquel cilindro, que ahora custodia la Biblioteca de Cataluña, en Barcelona, conserva una grabación ya «muy deteriorada» por el propio paso de la aguja en la cera para hacer sonar la melodía.

Baselga explica que la editorial alemana Henle limpió de ruidos la grabación con tecnología moderna y transcribió las notas en una partitura que él ha interpretado para que el melómano pueda escucharla nítidamente. «Podríamos decir que esta integral incluye hasta lo que no está escrito»,

bromea Baselga, que incorporará las otras dos improvisaciones en los próximos discos (está previsto que haya nueve en total).

Otra de las sorpresas que el aragonés ha recopilado en el séptimo cedé es una 'Marcha militar' que Albéniz compuso con solo 9 años. «En aquel momento, como también pasa ahora, te daban trabajo según la afiliación política, y el padre de Isaac quería congraciarse con Prim (en el Gobierno tras la revolución de 1868) para conseguir un empleo. Así que, a modo de lo que hizo Leopold Mozart con su hijo, el padre de Albéniz le hizo componer una pieza en honor de Prim». Como este era militar, ¿qué mejor que una marcha? Para aumentar el mérito de la obra, el padre del joven músico «mintió sobre su edad y dijo que solo tenía 7 años», revela Baselga. Sea como fuere, el peloteo surtió efecto y el

EL DISCO



'Albéniz. Piano music. Volume 7'. Editado por BIS, es la séptima entrega de la integral para piano de Isaac Albéniz interpretada por Baselga.

EL AUTOR



Miguel Baselga. De origen aragonés y nacido en Luxemburgo, fue discípulo de Eduardo del Pueyo. Grabó la integral de Falla y ahora la de Isaac Albéniz.

afortunado progenitor obtuvo «un trabajo de aduanero en Camprodrón», concluye Baselga.

«Qué mal toca»

Y de la creatividad juvenil, de nuevo a su madurez con otra singular composición: 'Yvonne en visite!'. Data de 1905 (Albéniz murió en 1909) y fue un encargo de la Schola Cantorum de París, según detalla Baselga: «Invitaron a varios compositores a que hicieran música para niños. Por aquel entonces, el cine era mudo y se acompañaba al piano. A Albéniz se le ocurrió preparar una especie de guión cinematográfico, una narración humorística de las aventuras de Yvonne, una niña obligada por su madre a tocar el piano».

En la partitura, explica el pianista, «hay apuntes narrando la historia y en un momento determinado precisa que hay que tocar el piano muy mal, como si se fuera un niño aprendiendo (cuando la madre le dice a Yvonne que toque para una visita). El que lo oiga en ese punto puede pensar: ¡Qué mal toca Baselga! Pero no es que me haya vuelto loco, es que es así».

Este 'Volumen 7' ha sido grabado en el Auditorio de Zaragoza, que ha cedido a Baselga tanto la sala como el piano. A finales de febrero y principios de marzo de 2012, el pianista presentará en directo el cedé con conciertos en Zaragoza, Huesca y Teruel, organizados con el respaldo de la CAI.

REBECA CARTAGENA



Aspecto del interior del libro editado por Demipage.

Una selva de sonetos para homenajear a Raymond Queneau

Santiago Auserón es uno de los diez invitados a participar en el libro y objeto artístico 'Cien mil millones de poemas'

ZARAGOZA. En este año 2011 se cumplía el primer medio siglo de un raro e imaginativo proyec-

to literario: 'Cent mille milliards de poèmes', del escritor Raymond Queneau (El Havre, 1903-París, 1976), uno de los fundadores del Oulipo, el Taller de Literatura Potencial que integraron también, entre otros reconocidos autores, Georges Perec, Julio Cortázar o Italo Calvino. El poemario contenía únicamente diez sonetos cuyos versos de ca-

torce sílabas, alejandrinos, son combinables y riman entre sí, hasta el punto de que podían leerse 100.000 millones de poemas diferentes.

La editorial madrileña Demipage, que dirige el ex músico David Villanueva, convocó a diez escritores, no solo poetas, para homenajear a Raymond Queneau con motivo de este aniver-

sario. Cada uno de ellos ha creado un soneto para este «objeto imposible e imaginativo», al que algunos han calificado como una «joya de la literatura contemporánea». Los elegidos han sido los siguientes: Jordi Doce, Marta Agudo, Fernando Aramburu, Rafael Reig, Pilar Adón, Julieta Valero, Javier Azpeitia, Francisco Javier Irazoki, Vicente Molina Foix y el zaragozano Santiago Auserón, alias Juan Perro, reciente Premio Nacional de la Música.

Control de la métrica

Villanueva explica los porqués de la elección de los autores que participan aportando su ingenio en 'Cien mil millones de poemas': «Todos tenían que ser escritores o poetas declarados y todos tenían que cumplir varios requisitos. El primero, haber sucumbido en algún momento de sus vidas a la genialidad de Queneau, Perec, Calvino, los oulipianos. El segundo: tener un control magnífico de la métrica española para sacarle el jugo a los alejandrinos, tal y como proponíamos».

David Villanueva asegura que Queneau le dio «a la literatura el enfoque que le faltaba, el de juego, de azar, y de este modo sacó a la luz todas las potencialidades de la literatura». «Traducir su libro no tenía sentido, había que jugársela y crear nuevos versos, nuevas combinaciones, de ahí la participación de todos los sonetistas», añade el responsable de Demipage.

El libro, como el del propio Raymond Queneau al que se recuerda en sus páginas, es todo un artefacto artístico y un pequeño milagro del diseño, de la tipografía y de la impresión. «En

el libro la tipografía es la protagonista, pero no queríamos un libro enteramente blanco, como en el original de Raymond Queneau. Las lengüetas con cada verso no podían contener nada más. Me gusta mucho la solución gráfica de las guardas y la idea del Queneau castizo bariando las letras que forman su nombre en el torbellino y que dan la idea de las combinaciones, aleatorias o no, que puedes hacer dentro de él».

«Con la fuente -continúa su explicación Villanueva-, había que jugársela también. Al final escogimos la fuente Demipage, que es una Galahad adaptada, en realidad es una fuente rota, para grandes murales».

Un libro así como este 'Cien mil millones de poemas', que tiene algo de mecanismo de relojería, ha exigido mucho esfuerzo en su elaboración: esfuerzo de coordinación, de escritura, de imprenta, de troquelado y encuadernación. Esfuerzo de imaginación poética porque cada verso, sin puntuación ni encabalgamiento y en rima consonante, se puede leer por separado y tiene la facultad de aliarse con cualquiera de los demás, como si fuera un 'cadáver exquisito' de la poesía.

Exaltación del azar

Los versos del libro tocan todos los temas posibles: el amor y el erotismo, la vida cotidiana, la crítica social, la extravagancia, el humor, la risa, el pensamiento, la política. Y el libro en sí mismo es una exaltación del azar y de las posibilidades ilimitadas de la literatura en una de sus formas más nobles: el soneto alejandrino.

ANTÓN CASTRO